

Nizār Qabbānī

El reciente homenaje dispuesto en Beirut, y que se concreta en la publicación de dos magnos volúmenes con más de mil páginas, espléndidamente editados, con el patrocinio de la Dra. Su'ād Muḥammad al-Šabāh y la coordinación del catedrático de la Universidad Americana de Beirut Dr. Muḥammad Yūsuf Naŷn, lleva el título siguiente: *Nizār Qabbānī šā 'ir li-kull al-ayyāl* ("Nizar Qabbani, un poeta para todas las generaciones"). Se trata de una definición perfecta e intocable. Así de simple y de sencillo: comprobación y retrato exactos de una realidad indiscutible, al margen de cualquiera otra clase de consideración y valoración.

Nizar (basta con decir su nombre propio, porque "no puede haber otro") es de todos los árabes y para todos los árabes. Lo es, hasta para sus opositores, enemigos y detractores, que también los hay, y desde hace tiempo, casi desde que empezó a escribir versos. Aunque en número, significado y representatividad minúsculos. Nizar es uno de los muy raros casos de grande, grandísimo poeta, que ha llegado a ser también un poeta absolutamente popular; más aún: colectivo, "nacional", patrimonial. Inconfundible, único, seguramente irrepetible. Inimitable, y por ello mismo objeto de la fácil, contumaz y raíz imitación. Tan inimitable, que sus numerosos imitadores, aparte de autodevaluarse desde el principio como poetas -quedando reducidos a opacos "versificadores nizaristas"- han engrandecido y singularizado todavía más su personalidad y su obra.

Frente a esta realidad compacta y en sazón, entera, indestructible, todo lo que cabe además decir -y sería muchísimo- viene añadido e integrado, derivado: ramas, flores y frutos del tronco. Los cuarenta libros, título más, título menos, que escribió -y no quiero dejar de recordar que, como otros poetas de alcurnia, egregios, Nizar fue también un magnífico, luminoso y preciso prosista-, sus centenares de recitales, sus incontables entrevistas, sus abundantísimas colaboraciones en los medios de comunicación... Todo, en Nizar, es testimonio, declaración, compromiso; río y caudal inagotables. Por eso, cuando se le ha combatido, ha sido casi siempre desde la mezquindad, desde cualquiera de las muchas modalidades de mezquindad que existen.

Murió en la madrugada del pasado 30 de abril. En Londres, una de sus residencias de exilio, de su extensa y sin fronteras patria árabe, desde el año 1982. Acababa de cumplir los setenta y cinco años. Nació y murió en primavera. En cumplimiento de su deseo, su cadáver fue trasladado a su ciudad natal: Damasco, para ser enterrado junto a sus padres, entre los jazmines también primaverales y el fervor de su pueblo.

Sólo quiero añadir una cosa: Nizar Qabbani amó a Al-Andalus y a España con emoción y lucidez parejas, trenzadas, inseparables. También fue su cantor entrañable, fiel y permanente, con espléndida variedad de temas, diapasones y registros: epitalamios, descripciones, elegías... España tiene contraída una deuda con él que, hasta ahora, no se ha ocupado en saldar. Para mayor vergüenza: me

temo mucho que hasta la desconoce. ¿Cuándo le rendirá el gran homenaje que merece?

Escribió, el año 1993, un poema que tituló *al-Andalusī al-ajīr* ("El último andalusí"). Lo he traducido a lengua española, y publicado, recientemente, como el mejor homenaje a su memoria. Quiero traer aquí el penúltimo fragmento de este poema:

"Yo soy Nizar Qabbani:
el beduino y el civilizado,
el derechista y el marxista,
el sensual y el udrí,
el fundamentalista y el golpista,
el árabe y el no-árabe"

Fue grande y singular también en eso: no tuvo miedo de autodefinirse, de confesarse, de presentarse en toda su polifacética personalidad. Aparentemente contradictoria. En realidad, profundamente coherente. ¿No he dicho ya que es un grandísimo poeta?

PEDRO MARTÍNEZ MONTÁVEZ